**Domingo quinto del Evangelio de Marcos (25.12.2016): Marcos 1,29-34**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

La persona que escribió esta peculiar narración sobre Jesús de Nazaret que es el Evangelio según Marcos tiene especial interés, al menos en los inicios, en destacar lugares (‘sitios’ se dice en arameo) muy precisos en los que se detiene su protagonista: la orilla del lago-mar de Galilea (1,16), la sinagoga de Cafarnaún (1,21), la casa de Simón y Andrés (1,29). Tres lugares que es muy bueno que el lector los tenga muy presentes: el lago-mar, la sinagoga y la casa. Más adelante (Marcos 2,1 hasta el 3,12) volverán a aparecer, pero en orden inverso: la casa, la sinagoga, el lago-mar. Parece la obra de un orfebre de la narración.

En la casa de Simón y Andrés se encuentra una mujer con fiebre. Al atardecer de aquel día la ciudad entera se agolpó ante la puerta de esta casa. Estaba ahí toda la ciudad y en primera fila se encontraban todos los enfermos y endemoniados. El relato del actuar de Jesús acaba con estás iluminadoras palabras: *“No dejaba* [Jesús] *hablar a los demonios, porque le conocían”* (Marcos 1,34). Tú que lo escribiste, María Magdalena, ¿de qué ‘demonios’ estás hablando?

La mujer de la fiebre está en cama y es la suegra de Simón. Tengo la sana curiosidad de que alguien me pueda responder la pregunta: ¿Por qué no se nos dice nada de la esposa de Simón y cuñada de Andrés? Y otra pregunta más: ¿Esta fiebre de esta suegra era fiebre de termómetro o era de otro tipo? Y otra más: ¿Esta fiebre se cura con la medicina del tocarse piel con piel? Y otra más: ¿Cómo entender eso de ‘se puso a servirles’? Esta suegra es la primera mujer servidora. Así y aquí, precisamente, lo afirma este Evangelio.

Este asunto del ‘servir-servicio’ merece un párrafo especial, porque esta actitud y estas tareas son la clave para identificar a Jesús y a sus seguidores según lo cuenta este Evangelizador. Este ‘servir’ frente al ‘mandar’ está explícitamente puesto en boca de Jesús frente a las actitudes de sus seguidores en 10,35-45. Se podrá decir más alto, pero nunca más claro. Y volveré a repetir que esto es lo que dice en este Evangelio de cuantas mujeres siguieron a este Jesús de Nazaret que acaba de desvivirse por completo: ***“le seguían y servían desde Galilea”*** (Mc 15,39-41).

Para las gentes del tiempo en el que vive Jesús, la fiebre es un mal, como cualquier otra enfermedad, dolencia, parálisis, pérdidas de sangres... Tocar a una persona enferma es contaminarse con su mal y hacerse pecador. Lo prescribe así la Ley de Moisés. Como también prescribe los sacrificios que el pecador-enfermo debe ofrecer en el templo de Jerusalén para que el Dios Yavé, ¡misericordioso!, por medio de su sacerdote perdone el pecado y el enfermo se cure. En cambio, Jesús toca o se deja tocar y todo enfermo sana ¡gratuitamente!

Los demonios (que son la Ley, el templo y su sacerdocio) conocen bien a este Jesús que sana con su actuar desobedientemente liberador. Su tocar libera. Tapa la boca a estos demonios. Y, a la vez, se lo va enseñando a las gentes de su pueblo, a los suyos de Galilea y a cuantos le ven, le escuchan, creen y se lo creen. Esta aceptación de la palabra y del hacer de Jesús da vida, libera, ilumina, sana, ¿resucita? Cuando los demonios, bien identificados, acaben con la voz y las manos de Jesús, sus seguidoras mujeres, primero, y sus seguidores, después, reconocerán en estos sitios (lugares, decimos nosotros) que él pasó haciendo el bien a todos. Carmelo B. H.

**Domingo de Navidad (25.12.2016): Juan 1,1-18**

***“La luz brilla en la oscuridad”* Así de sencillo. Tanto como escribir… ¡CONTIGO!**

Es Navidad. Es domingo, el quinto de este año eclesiástico que está dedicado a anunciar el Evangelio de Mateo. Tú y yo recordamos los cuatro relatos anteriores de los correspondientes domingos. Con esos cuatro textos somos conscientes de no haber llegado a comprender qué y cuál es, con cierta precisión, el mensaje del Evangelio según san Mateo. Lo he escrito casi completo: Evangelio según san Mateo. De estas cuatro palabras, de la única que podemos hablar con seguridad es de la primera: Evangelio, la buena noticia contada en ese libro.

Sin embargo, las mentes de la liturgia de este domingo nos proponen leer, meditar y cribar-discernir un texto del cuarto Evangelio: Juan 1,1-18. Me está pareciendo que esta primera página de este Evangelio es muy del agrado de las gentes sacerdotales vaticanas encargadas de las liturgias católicas. En ningún año se propone la lectura completa de este Evangelio, pero cada año se lee uno o más domingos esta meditación inicial del Evangelio según san Juan.

Una vez más **diré que el fondo del mensaje de este Juan 1,1-18** es la cuádruple respuesta a la única pregunta que es ésta: **¿Quién fue Jesús de Nazaret?** Y las cuatro respuestas son: Este hombre que habitó entre nosotros fue ‘una’ (o ‘la’, como les gusta a las gentes de la teología eclesiástica del dogma) palabra; segunda respuesta, esta palabra fue creativa y creadora porque hizo lo que dijo; tercera respuesta, esta palabra era de carne y hueso, se encarnó como todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, razas, culturas o creencias; y la cuarta, esta palabra (creadora y tan humana como cualquier humano) compartió todo lo que ella era con todos, sin excepción: *“De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia”* (1,16).

Jesús de Nazaret fue ‘la buena noticia’ de ‘la palabra’. Es decir y para que llegue a entenderse bien, la palabra de la Ley de Moisés ha dejado de ser una palabra de sentido (1,17), ha dejado de ser la ‘luz’ que ilumina las realidades de la naturaleza, el cosmos, la vida y los vivientes (1,8-10). El escritor de esta narración tan atrevida se atrevió incluso a iniciar su relato de la misma manera con la que se inicia la narración de la ley de Yavé Dios en Génesis: *“Cuando hablamos o hablemos del inicio de todo…”*. Por eso, Génesis es la respuesta a la pregunta de muchos judíos en muchas épocas de su historia: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Por qué estamos aquí y así? Y estas mismas son las preguntas que se formula y responde a finales del siglo primero el contador de la historia de la persona en quien cree y de quien se fía, Jesús.

Ya en este párrafo del comentario digo que el narrador del Evangelio según san Juan y de este llamado ‘prólogo’ de su libro es un profeta. Es decir, un denunciador de las injusticias opresoras que deshumanizan a las personas. Por eso se atreve a sintetizar toda la vida, la enseñanza y las decisiones de este laico galileo de Nazaret con la luminosidad de la buena noticia en la que creyó, de la que se alimentó y la que nos compartió como su experiencia de fe: *“En esto conocerán todos que sois como yo, si os amáis los unos a los otros”* (Juan 13,35).

El amor. No hay otra palabra. No hay otra divinidad. No hay otra humanidad. Ni otra religión. Ni otro Evangelio. Ni otro dogma. Ni otro templo. Ni otra ley. Ni otra liturgia. Ni otro rito. Ni eucaristía. Ni otra Navidad. Ni otra misión... El amor. Siempre. **Carmelo Bueno Heras**